

UNA
PESADILLA
DE INVIERNO



UNA PESADILLA DE INVIERNO

FANFIC

Un final alternativo para los Siete Reinos,
donde el invierno trae más que solo oscuridad

Descubre una versión transformada del destino de Poniente.

Esta historia de fantasía medieval reimagina el desenlace de Game of Thrones, donde antiguos horrores resurgen, secretos ancestrales despiertan y el destino de los reinos pende de un hilo más delgado que el hielo que cubre las tierras.

AVISO LEGAL

Esta es una obra de ficción transformativa sin fines comerciales.

Este fanfic está inspirado en el universo de Game of Thrones (Juego de Tronos), basado en la obra original A Song of Ice and Fire de George R. R. Martin y su adaptación televisiva producida por HBO.

Todos los personajes, lugares, tramas y elementos reconocibles pertenecen a sus respectivos creadores y titulares de derechos.

No se reclama ninguna propiedad ni afiliación oficial con George R. R. Martin, HBO o cualquier entidad asociada.

Esta historia ofrece una reinterpretación alternativa del final de la serie y se publica con fines únicamente recreativos, bajo el principio de uso justo (fair use) y sin obtener beneficios económicos.

INDICE

[UNA PESADILLA DE INVIERNO](#)

[FANFIC](#)

[AVISO LEGAL](#)

[Capítulo 1-87: Lo que vino antes](#)
[\(Mega resumen\)](#)

[Capítulo 88: El Precio de la Luz](#)

[Capítulo 89: La Trampa](#)

[Capítulo 90: El Ruido del Silencio](#)

[Capítulo 91: La Batalla en la Sala del Trono](#)

[Capítulo 92: El último calor](#)

[Capítulo 93: El frío absoluto](#)

[Capítulo 94: El ataque](#)

[Capítulo 95: La despedida](#)

[Capítulo 96: El último sacrificio](#)

[Capítulo 97: La carrera](#)

[Capítulo 98: El precio de la victoria](#)

[Capítulo 99: El Final](#)

[Capítulo 100: Gracias querido lector](#)

 **Nota del autor:** Los capítulos 1-87 existen como borradores, pero aún no están terminados. El texto a continuación contiene un resumen contextual que te pondrá al día con la historia para poder disfrutar de los capítulos completos que sí están disponibles (88 en adelante).

Es indispensable leer el resumen inicial para entender el resto de la historia.

Capítulo 1-87: Lo que vino antes (Mega resumen)

Jon sabía lo que se avecinaba. Había visto al Rey de la Noche y conocía al verdadero enemigo. Su plan era claro: unir a todos los vivos, sellar alianzas y enfrentar juntos la amenaza más allá del Muro. Pero eso no se lograría mientras los vivos siguieran divididos.

Tras la caída del último gobernante en King's Landing, Jon Snow y Daenerys Targaryen emergieron como vencedores en las guerras del sur. El Trono de Hierro fue reducido a cenizas, y con él, el viejo orden. Por un instante, el mundo creyó respirar una nueva era de unidad.

Además, por consecuencias de un evento anterior, la maldición de Daenerys había terminado y quedó embarazada. Nació **Jonerys**, el hijo de hielo y fuego. Fruto de dos linajes destinados a enfrentarse, sangre de dragón y de lobo corría por sus venas. Un símbolo de unión en un mundo quebrado. Pero ni siquiera un niño bendecido por la sangre antigua podía frenar lo que estaba por venir.

El norte no esperó. Antes de que pudieran actuar, el Muro cayó.

El Rey de la Noche cruzó sin oposición, y su ejército de muertos avanzó con un frío implacable que se esparcía como una maldición por cada rincón de Westeros. Desde las tierras heladas del Norte hasta los campos dorados del Reach, desde las Islas del Hierro hasta Dorne, ningún lugar escapó al abrazo gélido que lo seguía.

El sur ardía en traiciones, los vivos se disputaban las ruinas de un mundo que ya no existía, mientras la muerte reclamaba el futuro. Grandes batallas se libraron en los campos de Westeros, pero la oscuridad fue implacable. Nombres amados se apagaron. Héroes, traidores, inocentes... todos caían por igual.

Los dragones de Daenerys se enfrentaron al Rey de la Noche con todo su fuego ancestral, solo para descubrir una verdad aterradora: **él era inmune a las llamas de dragón**. En aquella batalla devastadora, solo Drogon sobrevivió, herido. El cielo, antes gobernado por alas y fuego, se volvió ceniza y silencio.

Reino por reino, Westeros fue cayendo. Cada caído se sumaba al ejército de los muertos. Cada victoria de los vivos era solo una pausa antes del siguiente horror.

King's Landing se convirtió en el último bastión: una ciudad fantasmal, de murallas agrietadas y calles desiertas. Sus habitantes habían huido o perecido. Solo quedaban los últimos vivos: Jon Snow, Daenerys Targaryen, Arya Stark, Samwell Tarly, Ser Davos, Tyrion Lannister, Sansa Stark... y el pequeño Jonerys.

No quedaban ejércitos. Ni aliados. Ni esperanzas.

Solo una última ciudad, una última oportunidad...

y una decisión imposible.

Capítulo 88: El Precio de la Luz

King's Landing ya no era un hogar.

Era una tumba congelada.

Silencio.

Escarcha sobre piedra.

Ruinas.

Las calles, vacías.

Las murallas, agrietadas.

Las casas, muertas desde sus cimientos.

No quedaban soldados.

Ni ciudadanos.

Solo ceniza.

Y los últimos vivos... aferrados a ella.

Bajo la Fortaleza Roja, los sobrevivientes se reunieron.

Y no lo hacían para pelear.

Sino para decidir lo imposible.

Estaban desesperados.

Habían visto lo que el Rey de la Noche podía hacer.

Habían visto sus llamas apagarse ante él.

Sus ejércitos romperse.

La magia, fallar.

Y ahora, lo único que querían...

era encontrar una forma, cualquier forma, de acabar con él.

Jon Snow.

Daenerys Targaryen.

Arya Stark.

Samwell Tarly.

Tyrion Lannister.

Sansa Stark.

Ser Davos.

Y el pequeño Jonerys, dormido en brazos de Sansa, ajeno al destino que ardía sobre todos.

No quedaban aliados.

Ni dragones ilesos.

Solo decisiones que dolían como espadas.

Y fue Daenerys quien habló.

No con rabia.

No con esperanza.

Con pérdida.

—He perdido a dos hijos —dijo sin levantar la vista—. Hijos de fuego... y ni siquiera eso bastó.

Un silencio cayó, pesado como ceniza.

—Si los dragones no fueron suficientes... tal vez necesitamos algo más.

Algo más antiguo.

Más profundo.

Más cruel.

Sus palabras no eran teoría.

Eran advertencia.

—La profecía de Azor Ahai... habla de Portadora de Luz. La única arma que puede acabar con esta oscuridad.

 **Ayuda al lector:** Si no conoces la profecía de Azor Ahai y el origen de Portadora de Luz, puedes consultarla en [esta página](#) para entender mejor las referencias que se mencionan en la historia.

Su voz no tembló.

—Pero no se forja con acero. Se forja... con sacrificio.

Y entonces miró a Jon.

—Para encenderla, Azor Ahai atravesó el corazón de quien más amaba.

Nadie respiró.

Y todos entendieron.

Jon tendría que matarla.

Solo así surgiría la llama que tal vez pudiera detener al Rey de la Noche.

Sansa se quedó sin aliento.

Arya endureció la mandíbula.

Tyrion bajó los ojos.

Y Jon... solo la miró.

Se puso de pie.

—No —dijo con voz baja, pero de piedra—. No lo aceptaré. No lo haré.

No mientras quede otra opción.

Daenerys no insistió.

Pero no tenía que hacerlo.

Todos sabían que, si no aparecía otra vía... ese sería el final.

Entonces Tyrion habló.

—Tal vez... haya otra forma.

Y, por primera vez en días, una chispa de algo parecido a esperanza brilló en sus ojos.

—Aerys planeaba usarlo. Nunca lo hizo. Pero sigue aquí.

Bajo nuestros pies.

Fuego valyrio.

Antiguo.

Letal.

Y muy real.

—Sellado en cámaras bajo la ciudad —explicó—. Cientos de barriles. Cámaras ocultas.

Siguen allí desde la guerra.

—¿Y si lo trasladamos? —sugirió, señalando un mapa polvoriento—. A campo abierto. Alguna llanura al sur. Preparamos una trampa y lo atraemos allí.

Parecía brillante.

Salvar la ciudad.

Destruir al enemigo.

Pero Sam cerró su libro con fuerza.

Y negó con la cabeza.

—No se puede mover. Las cámaras fueron construidas para sellarlo, no transportarlo. Si se toca... explotará.

Ni siquiera los alquimistas de Aerys lo intentaron.

—Está incrustado en los cimientos —añadió Davos—. Bajo nuestras botas.

Todos lo entendieron al instante:

la única forma de usarlo... era aquí.

En el corazón de King's Landing.

Su detonación borraría todo.

Pero entonces surgió la duda.

—¿Y si no funciona? —preguntó Sam, en voz baja, como si el silencio anterior pudiera romperse con solo pensarlo.

—¿A qué te refieres? —preguntó Davos, aunque en el fondo ya intuía la respuesta.

—El fuego de Drogon no le hizo nada. Lo vimos. Ni una quemadura. Ni una señal. Solo caminó a través de las llamas como si fueran niebla.

Tyrion frunció el ceño.

—Pero esto no es fuego común —insistió—. Es fuego valyrio. Antiguo. Alquimia pura.

—Sí —asintió Sam—, pero nadie sabe si eso basta. No hay registros. Ninguna prueba.

Sansa miró el mapa con el ceño fruncido.

—Entonces... ¿y si arriesgamos todo y no sirve de nada?

Un silencio distinto llenó la sala.

No era el silencio de la resignación.

Era el del miedo a apostar todo... y perderlo.

Jon apretó los puños.

—Solo hay una forma de saberlo —dijo finalmente—.

Intentarlo.

Pero entonces vino lo peor.

—No basta con encenderlo —dijo Sam—.

Requiere una vida.

Un sacrificio.

—¿Una vida? —preguntó Sansa, helada.

—Alguien debe encenderlo desde dentro. En el momento exacto. Cuando el Rey de la Noche esté en el centro de la ciudad.

O no servirá de nada.

En el corazón de la ciudad se encuentra una de las mayores concentraciones de fuego valyrio. Si se activa estando el Rey de la Noche presente, aseguraremos el mayor daño posible contra él.

Todos callaron.

Entonces, como última esperanza, Jon propuso:

—¿Y si usamos a Drogon? Lo suficiente para lanzar fuego desde el aire. Activar una zona preparada.

Sin arriesgar a nadie.

—Una chimenea. Una torre. Algo aislado —sugirió Davos—. Si se hace bien, podría funcionar.

Y por un instante, todos respiraron.

Solo un poco.

Pero Tyrion fue directo.

—La explosión será tan grande... que alcanzará a Drogon.
Y a su jinete.

Ni siquiera desde el cielo escaparían.

El fuego no perdona.

El silencio que siguió fue el peor de todos.
El de no tener opciones.

Arya se puso de pie.

—Yo lo haré.

No hubo dramatismo.

Ni discursos.

Solo una voz firme que rompió el silencio.

No lo decía como quien se ofrece a morir.
Sino como quien sabe lo que hay que hacer... y lo hace.

—Iré por los túneles —continuó—.

Encenderé el fuego valyrio cuando escuche la señal.

Daenerys puede estar con Drogon en lo alto. Cuando vean al Rey de la Noche, Drogon puede golpear la campana del Torreón de Maegor y hacerla sonar.

Cuando suene... sabré que es el momento.

El silencio que siguió fue denso.

Un peso invisible que cayó sobre todos.

Jon se puso de pie de inmediato, con los ojos llenos de furia y espanto.

—No —dijo—. No vas a hacerlo.

Lo dijo como si pudiera detener el mundo con esas palabras.

Pero Arya no lo miró como una hermana.

Lo miró como alguien que ya ha cruzado un umbral del que no se vuelve.

—Soy la única que puede hacerlo —dijo—.

Nadie más en esta sala irá.

Nadie más en el mundo lo haría.

Yo lo haré.

No había orgullo.

Ni tristeza.

Solo certeza.

Davos apretó la mandíbula.

Tyrion cerró los ojos.

Sam no encontró palabras.

Y Sansa... Sansa solo la miraba, inmóvil, como si algo dentro de ella se estuviera rompiendo.

Nadie la detuvo.

Porque todos sabían que, si alguien podía hacerlo... era ella.

Y eso lo hacía aún más insoportable.

Hasta que Sansa, casi en un susurro, habló.

—No tienes que morir —dijo—.

Podemos usar una vela. Una que tarde en arder lo justo para que puedas salir de ahí.

Daenerys puede recogerte en la salida antes de que explote... y salir.

—Con tu agilidad... —añadió Davos, como si de pronto volviera a respirar— podrías tener una oportunidad real.

Arya bajó la mirada.

Guardó silencio.

Y cuando volvió a alzar la vista, su decisión seguía ahí.

—Entonces encenderé la vela... y correré.

Tan rápido como pueda. Hasta el punto de extracción.

—Yo iré con Daenerys —interrumpió Jon—. Si algo sale mal, puedo ayudar.

—Te esperaremos cerca del viejo septo —añadió—. Drogon bajará lo justo para recogerte.
Y saldremos antes de que explote.

Sansa asintió con un hilo de esperanza.

Tyrion murmuró:

—Si todo sale bien... no habrá sacrificio.

Y así nació el plan.

No era un plan brillante.

Ni justo.

Ni seguro.

Pero era el mejor que tenían.

Y mientras la sala se quedaba en silencio...

la profecía seguía allí.

Inmóvil.

Inquebrantable.

Azor Ahai.

Portadora de Luz.

El sacrificio.

El corazón de su amada.

Pero Jon no lo aceptaba.

No mientras existiera otra forma.

Y ahora, esa forma tenía un nombre:

Arya Stark.

Capítulo 89: La Trampa

Y entonces, llegó el día.

El cielo no se aclaró. No hubo amanecer, ni canto de aves. Solo una luz gris, enfermiza, que se filtraba entre las nubes como si el sol también hubiese huido.

Desde más allá de las murallas heladas y los ríos detenidos, llegó la bruma.

No traía viento ni sonido. Solo quietud. Y muerte.

El ejercito de muertos avanzaba. A su paso, el mundo enmudecía.

Cientos. Miles. No corrían ni gritaban. Solo caminaban. Imparables.

King's Landing los esperaba.

La ciudad estaba en silencio.

No un silencio natural, de calma o paz. Era un vacío antinatural, espeso, como si el aire mismo se negara a moverse. King's Landing había sido muchas cosas: capital, campo de batalla, símbolo de poder. Ahora, solo era una trampa. Fría. Vacía. Letal.

Bajo tierra, entre túneles derrumbados, Arya Stark avanzaba sola. El rostro cubierto con ceniza y escarcha, el cuerpo ceñido a la pared. Cada paso era una decisión. Cada sombra, una amenaza.

Ella llevaba la vela. Había sido preparada por Sam y Tyrion con una precisión enfermiza. Su longitud había sido calculada al segundo. El grosor, medido al milímetro. Ardería justo el tiempo necesario para darle una posibilidad de escapar.

Solo una.

En la superficie, sobre las alturas rotas de la Fortaleza Roja, Jon y Daenerys esperaban junto a Drogon. El dragón descansaba con dificultad, herido, sus alas temblando con cada ráfaga de viento helado. Desde allí, la ciudad se extendía como un cadáver abierto: calles vacías, casas congeladas, templos desplomados.

El enemigo aún no había llegado.

Pero lo haría.

Ambos sabían que todo dependía de lo que ocurriera en los próximos minutos. Una oportunidad. Un error. Una chispa.

Mientras tanto, en la bahía, un barco oculto entre las nieblas con vista a la ciudad flotaba en silencio. A bordo, Tyrion, Sansa, Sam, Ser Davos y el pequeño Jonerys aguardaban sin hablar. El bebe dormía, ajeno al destino que colgaba sobre todos ellos.

Ahora, todo dependía de que el Rey de la Noche entrara en la ciudad.

El cielo estaba gris. El aire, inmóvil. Desde las alturas de la Fortaleza Roja, Daenerys y Jon observaban en silencio.

Entonces, lo vieron. Hordas de espectros comenzaban a entrar por los portones derrumbados, cruzando los campos exteriores como una sombra devoradora. Criaturas deformes, arañas de hielo, esqueletos de gigantes. Todo avanzaba hacia el centro.

Pero no el Rey de la Noche.

Esperaron. Y siguieron esperando. Los muertos avanzaban cada vez más. Demasiado. Si llegaban hasta los túneles y sótanos donde Arya se escondía, podrían destruir los barriles o detonar todo antes de tiempo.

—No está —murmuró Jon, con el ceño fruncido—. ¿Por qué no aparece?

—Quizá sabe que es una trampa —respondió Daenerys, tensa, con la vista fija en las calles heladas.

El tiempo corría. Y con cada segundo, los espectros estaban más cerca del sótano.

Entonces Daenerys lo decidió.

—Tengo que obligarlo a salir —dijo, con los ojos fijos al frente—. Si ve a Drogon, si ve que estamos atacando directamente... se mostrará.

—Está lleno de espectros ahí abajo —advirtió Jon—. Drogon está herido. No puede aguantar mucho.

—No importa. No puedo quedarme aquí viendo cómo todo se pierde. No ahora.

—Entonces voy contigo —dijo Jon, sin dudar.

Ambos subieron al lomo de Drogon. El dragón rugió con fuerza mientras descendía por las ruinas de la ciudad, abriendo un sendero de fuego entre la horda de muertos. Las criaturas comenzaron a girarse, a levantar la cabeza, a prepararse para atacar.

Drogon lanzaba llamaradas contra torres y construcciones derruidas, evitando cuidadosamente cualquier zona cercana al fuego valyrio. No buscaban detonar la trampa antes de tiempo, solo atraer a los espectros y obligar al Rey de la Noche a salir de su escondite.

No era aún el momento de tocar el fuego valyrio.

Solo ganar tiempo.

Separar a los muertos.

Forzar al Rey de la Noche a mostrarse.

Y por un instante... pareció funcionar.

—Están cayendo en la trampa —murmuró Daenerys, con los ojos fijos en las calles—. Se están concentrando... justo donde queremos.

Desde las alturas, Jon veía los accesos a los túneles despejados. Los muertos no retrocedían, pero ahora estaban enfocados en otra presa: ellos.

Drogon giraba en círculos entre torres caídas, llamando la atención de cada espectro con su rugido y su fuego.

Y, sin embargo...

—¿Lo ves? —preguntó Jon—. Él... ¿dónde está?

—Debe estar cerca. Esto es justo lo que quería. Nos está observando.

El frío se hizo más denso. La nieve caía más lenta. El silencio se volvió insoportable.

Entonces, desde las ruinas del antiguo Gran Septo, algo emergió.

No era el Rey de la Noche.

Era peor.

Una araña de hielo, gigantesca, de patas afiladas como cuchillas y múltiples ojos azules. Su cuerpo era una cúpula de hielo vivo. Su aliento, escarcha.

Lanzó una red congelada con violencia. Drogon la esquivó, pero en el movimiento forzado giró en falso. Una segunda red alcanzó su ala izquierda, adhiriéndose como cristal ardiente. El dragón rugió, desequilibrado.

—¡Sujétate! —gritó Daenerys.

Drogon intentó elevarse, pero una lanza de hielo, lanzada desde el suelo, le alcanzó en el muslo trasero. Fue demasiado.

El dragón soltó un rugido de dolor tan desgarrador y poderoso que resonó por toda King's Landing. El sonido atravesó las ruinas, los túneles subterráneos, llegó hasta la bahía donde estaba el barco, y retumbó contra las montañas distantes como el lamento de una bestia antigua herida de muerte.

El monstruo cayó en picado. Las alas se cerraron. El fuego se apagó. La ciudad se volvió un borrón mientras descendían. Jon abrazó a Daenerys con fuerza, sabiendo que no había nada que pudieran hacer más que resistir el impacto.

El dragón se estrelló contra los restos de la Fortaleza Roja. La explosión de escombros y fuego retumbó por toda la ciudad. Fragmentos de piedra y metal salieron volando. Las columnas colapsaron. La nieve se tiñó de ceniza.

Desde la bahía, Tyrion observó horrorizado.

El plan dependía de que Drogon los sacara volando antes de la detonación. Ahora... estaban atrapados.

—No... —murmuró Tyrion, sin aire.

Bajo tierra, entre sombras y piedras húmedas, Arya escuchó el rugido.

No era un llamado.

Era una despedida.

La señal acordada nunca llegó. No hubo campana. Solo incertidumbre. Solo silencio.

Frente a ella, la vela la esperaba, inmóvil. Frágil. Letal.

Bastaba con prenderla... y correr.

Pero algo no encajaba.

¿Era este el momento?

¿Era demasiado pronto?

¿Estaban Jon y Daenerys a salvo?

¿Había llegado el Rey de la Noche?

No lo sabía.

Nadie lo sabía.

Solo silencio.

Solo incertidumbre.

Solo ella... y la llama aún dormida.

Capítulo 90: El Ruido del Silencio

Frente a Arya, la vela esperaba. Ubicada cuidadosamente en el fuego Valyrio. Bastaba con prenderla... y correr.

Pero sus pies no se movían.

Sus dedos no obedecían.

El silencio la rodeaba.

La señal no había llegado.

Todo el plan giraba en torno a un único instante: la certeza. Y ahora, esa certeza se había desvanecido.

La ciudad sobre ella estaba colapsando. Un rugido de dragón herido. Un impacto. Fuego. Escombros. Silencio.

¿Era ahora?

¿Era tarde?

¿Demasiado pronto?

¿Estaban Jon y Daenerys vivos?

¿Había llegado el Rey de la Noche?

No tenía forma de saberlo.

Nadie lo sabía.

Solo ella.

Entonces, en medio de esa duda, lo escuchó.

Una voz.

Lejana.

Antigua.

Apenas un susurro, como si surgiera de las piedras mismas o de algún rincón enterrado de su memoria.

Sin tono.

Sin rostro.

Solo una frase.

"Quémalos a todos."

Por un instante, Arya se quedó inmóvil.

El corazón latiendo con fuerza.

La mente atrapada.

El eco la envolvía como humo entrando en una herida.

¿Era real?

¿Era suya?

¿La ciudad le hablaba?

¿O era el peso del miedo, del fuego, de la historia misma?

¿La locura del Rey Loco reapareciendo en una Stark?

¿Una advertencia?

¿Una orden?

Recordó el rostro de su padre.

Las palabras de Syrio.

La lista de nombres.

El camino recorrido.

Todo lo que había hecho.

Todo lo que había perdido.

Tal vez ese era el final.

Tal vez su destino no era sobrevivir, sino ser la mano que destruyera todo... para que otros vivieran.

Pero... ¿y si no era el momento?

¿Y si activaba la vela antes de tiempo?

¿Sería esta la oportunidad de vencer al Rey de la Noche?

Dio un paso hacia la vela.

Su mano temblaba.

"Solo hazlo."

"Hazlo y corre."

"Termina con esto."

Pero no lo hizo.

Cerró los ojos.

Respiró hondo.

No había certeza.

Y sin certeza... no podía arder nada más.

Tomó su arco.

Aseguró las flechas de vidriagón en su espalda.

Y comenzó a correr por los túneles.

El plan había fracasado.

O quizás no.

Tal vez aún no era el momento.

Tal vez aún quedaba una oportunidad para usar el fuego valyrio... pero no así.

No a ciegas.

No sin saber.

Si fallaba ahora, no habría una segunda vez.

Así que eligió esperar.

Elegir no destruirlo todo... también era una forma de pelear.

Capítulo 91: La Batalla en la Sala del Trono

El impacto había sido brutal. Drogon, herido, se estrelló contra la Fortaleza Roja abriendo un cráter de piedra, polvo y fuego apagado. El mundo entero pareció romperse.

Dentro del salón del trono, convertido en ruinas por el golpe, Daenerys y Jon yacían malheridos entre restos de columnas caídas, fragmentos del techo y hielo quebrado. Drogon, tumbado junto a la entrada, jadeaba con dificultad, su aliento saliendo en espirales humeantes. Aún estaba vivo, pero apenas.

Daenerys abrió los ojos entre la escarcha y el polvo. Se arrastró hasta una pared agrietada, con una pierna sangrante que apenas podía mover. Al otro lado del salón, Jon también comenzaba a incorporarse, tambaleante y aturdido.

El salón estaba helado, pero junto al trono, un único brasero seguía encendido. Sus brasas temblaban con vida propia, como si resistieran por orgullo. Jon, al ver a Daenerys arrastrarse, corrió hacia ella cojeando, ayudándola a llegar junto al calor del brasero.

El fuego del brasero irradiaba un calor reconfortante que lograba derretir la nieve que caía constantemente desde las grietas del techo destruido. Alrededor de las llamas se había formado un charco de agua tibia, el único refugio contra el frío despiadado que invadía cada rincón del salón en ruinas.

Sus respiraciones eran irregulares, convertidas en nubes blancas. El silencio era tenso. El mundo se les caía encima.

Y entonces, un sonido cortó la calma: **el crujido seco del hielo**. Las antorchas se apagaron una a una, como si algo las devorara.

Los Caminantes Blancos habían llegado.

Ingresaron en fila, cruzando las puertas abiertas por el derrumbe. Drogon, débil pero aún desafiante, levantó la cabeza. Con un rugido lastimero, lanzó una columna de fuego que arrasó a todos los enemigos que venían. Pero el esfuerzo fue demasiado. Las llamas se apagaron, y su cuerpo tembló. No podía más.

Cuando el fuego se desvaneció y el humo se disipó, solo una figura permaneció en pie entre los restos calcinados. Inmóvil. Intacta. Imperturbable.

Y entonces, **él** apareció.

El Rey de la Noche caminó sobre los restos de piedra y fuego como un dios antiguo. El hielo se formaba a su paso. El frío se adensaba tanto que hasta la piedra crujía. Su presencia robaba el aliento y hacía vibrar los huesos.

Sin embargo, Jon vio su oportunidad. El ataque de fuego de Drogon había eliminado a todos los Caminantes Blancos que acompañaban al Rey de la Noche, dejándolo completamente solo en el salón. Sin guardias, sin protección. Era ahora o nunca. Con *Garra* firmemente empuñada, se lanzó hacia adelante con toda la determinación que le quedaba. Su espada de acero valyrio centelleaba en la penumbra helada.

Con un gesto lento y fluido, como un río helado, el Rey de la Noche desenvainó su espada de hielo. Jon avanzó sin dudar, un grito de rabia en la garganta. El primer choque de espadas fue como un relámpago atrapado entre fuego y escarcha: violento, absoluto.

El salón entero tembló. El choque de acero contra hielo no solo fue sonoro, fue elemental. Las brasas del último brasero se agitaron con furia, y las paredes heladas del salón del trono soltaron un lamento grave, como si la piedra sintiera miedo.

El Rey de la Noche atacaba con precisión quirúrgica, su estilo era como un arte antiguo, perfecto, imposible de leer. Cada golpe tenía el peso de los siglos. Jon resistía, retrocediendo paso a paso, bloqueando con todo su cuerpo, sus músculos al límite. Sabía que no podía ganar por fuerza: debía sobrevivir por ritmo, por corazón, por furia.

Saltaron por encima de los escombros, giraron entre columnas. El Rey era rápido, más de lo que parecía posible. Su espada silbaba por el aire dejando estelas de escarcha, cortando el vapor mismo del aliento de Jon.

Jon rodó bajo un tajo vertical que habría partido una roca en dos, y contraatacó con una serie de golpes en diagonal, buscando desequilibrarlo. Pero el Rey no se desequilibraba. Retrocedía con elegancia sobrenatural, su capa flotando como sombra sólida. Cada estocada de Jon era desviada, cada finta leída, cada intento, frustrado.

Una vez, Jon logró rozarle el brazo. Solo un rasguño. Pero el impacto de **Garra** dejó una grieta blanca en la armadura. El Rey giró su cabeza hacia la herida con leve curiosidad... No de emoción. Sino como quien observa a un insecto picar antes de morir.

La temperatura bajaba con cada minuto. El suelo crujía de escarcha. Las paredes sudaban hielo. Jon comenzaba a jadear. No por miedo, sino por esfuerzo puro. Su brazo dolía. La empuñadura de Garra se le resbalaba entre los dedos entumecidos. El frío no venía del ambiente. Venía del Rey.

Entonces, el Rey lo empujó con una onda de choque helada. No lo tocó. Solo alzó la mano abierta y Jon salió disparado contra un muro. Cayó de rodillas. Tosió sangre. El hielo se pegaba a su piel. Su visión se nublaba. Pero se levantó. Siempre se levantaba.

Con un rugido de puro instinto, volvió a cargar. Esta vez el Rey se quedó quieto. Lo esperaba. Y cuando sus espadas se encontraron, la explosión de energía congeló el aire alrededor. Solo el sonido de sus espadas llenaba el mundo.

Jon empezó a adaptarse. No podía igualar la precisión del Rey, pero podía resistirla. Empezó a moverse con menos impulso y más cálculo. Leía los movimientos. Esperaba los ángulos. Sabía que si fallaba una sola vez, moriría. Y aun así, encontró ritmo. Un golpe. Otro. Una esquivada. Una contra. Estaba luchando no como un caballero, sino como un lobo contra una tormenta.

Durante un instante eterno, pelearon como iguales. Hielo contra acero valyrio. Antiguo contra humano. El Rey levantó su espada por encima de la cabeza, y Jon lo anticipó. Giró sobre su pie derecho y deslizó Garra en diagonal, como un tajo desesperado.

Garra se hundió en el pecho del monarca de hielo.

El mundo se detuvo.

El acero valyrio había penetrado profundamente, atravesando la armadura de hielo como si fuera papel. El Rey de la Noche se quedó inmóvil, sus ojos azules fijos en Jon. Las chispas de escarcha comenzaron a caer desde la herida como copos de nieve ardiente.

Daenerys se incorporó desde el trono, sus ojos violetas brillando intensamente.

Jon empujó la espada más profundo. El Rey seguía inmóvil. Las chispas de escarcha se intensificaron.

Y entonces, lentamente, el Rey de la Noche **bajó la mirada hacia la espada clavada en su pecho**. Sin una expresión, sin dolor, sin sorpresa. Solo una observación fría e indiferente, como quien mira una hoja caída sobre su hombro.

Un frío sobrenatural comenzó a recorrer la hoja, **congelando la mano de Jon hasta el hueso**. Con un grito ahogado de dolor y horror, soltó la empuñadura. El Rey de la Noche, con una calma que dolía, sacó la espada de su cuerpo y la arrojó lejos como si fuera un mero inconveniente.

La herida en su pecho se cerró con un crujido de hielo reformándose.

Jon comprendió con horror la terrible verdad: **el Rey de la Noche no era como los otros Caminantes Blancos**. Mientras que el acero valyrio podía destruir a cualquier espectro o general de hielo al contacto, este ser ancestral poseía un poder que trascendía tales armas mortales. Era algo más primordial, más absoluto. *Se necesitaría de un poder mucho mayor para vencerlo*. Tal vez algo más místico.

El Rey de la Noche levantó su espada para el golpe final. Jon estaba indefenso, con la mano congelada, sin poder defenderse. Era el fin.

Por un segundo eterno, Jon recordó la cueva con Ygritte, la nieve cayendo sobre el Muro, la mirada de su padre antes de partir. Todo eso parecía ahora ajeno, distante, como si nunca le hubiera pertenecido. El frío le arrancaba no solo el aliento, sino los recuerdos. Morir aquí no era caer en batalla... era desvanecerse en la nada.

Pero **una flecha de Vidriagón silbó en la penumbra**, impactando en la armadura del Rey de la Noche. Luego otra. Arya había aparecido desde una entrada lateral del salón, disparando con precisión desde las sombras. Las flechas no lo destruyeron, pero *hicieron tambalear al Rey*, lo suficiente para que Jon se alejara y recuperara su arma.

Jon retrocedió hasta donde estaba Daenerys, su mirada confusa por no saber qué hacer a continuación, pero la batalla no había terminado.

Como una pesadilla sin descanso, más Caminantes Blancos comenzaron a llegar. Docenas de ellos, ingresando por la entrada principal del salón, siguiendo el mismo camino que la primera oleada. El sonido de sus pasos era como el crujir de huesos bajo el hielo. Eran incontables, una marea imparable de muerte helada.

Arya se adentró en la sala, haciendo lo posible por evitar que se acercaran. Disparaba flecha tras flecha de Vidriagón, cada proyectil encontrando su blanco mortal. Cada flecha que lanzaba era un espectro menos, los Caminantes Blancos desintegrándose en explosiones de hielo cristalino. Pero eran demasiados, muchísimos, incontables. El aire vibraba de tensión mientras su carcaj se vaciaba rápidamente.

Cuando Arya se quedó sin flechas y los espectros restantes seguían ingresando, Drogon, viendo la oleada mortal que se acercaba a sus compañeros, reunió sus últimas fuerzas. Con un rugido desgarrador que parecía surgir desde lo más profundo de su ser, se incorporó tambaleante. Sus alas, rotas y sangrantes, se extendieron una última vez. El gran dragón inhaló profundamente, su pecho hinchándose con el esfuerzo.

Una columna de fuego dorado brotó de sus fauces, más brillante y feroz que nunca. La llamarada arrasó con *todos* los Caminantes Blancos restantes, desintegrándolos en una explosión de luz y calor que limpió completamente el salón. Todos menos uno. El Rey de la Noche permaneció intacto entre las llamas, inmune al fuego de dragón, su figura inmóvil como una estatua de hielo eterno. Pero el esfuerzo fue devastador para Drogon. Se desplomó, jadeando, su cuerpo convulsionándose mientras el último aliento de fuego se desvanecía en sus labios.

El aire se llenó de humo denso y vapor ardiente. Las llamas habían creado una cortina espesa que envolvía todo el salón, haciendo imposible ver más allá de unos pocos metros. Jon entrecerró los ojos, tratando de divisar algo entre la neblina. Arya se cubrió la boca, tosiendo por el humo acre que llenaba sus pulmones. Daenerys, desde el trono, solo podía distinguir sombras borrosas moviéndose en la penumbra.

Cuando finalmente el humo comenzó a disiparse y el vapor se aclaró, la terrible realidad se reveló ante sus ojos. El Rey de la Noche ya estaba junto a Drogon, observando al dragón caído con esa indiferencia helada que lo caracterizaba. Aprovechó que Drogon estaba completamente agotado e indefenso para acercarse lo suficiente. Jon intentó moverse, Arya levantó su arco, pero ya no tenían flechas y la distancia era demasiada. No había forma de detenerlo. Era demasiado tarde.

Con una calma terrible, el Rey de la Noche alzó su espada de hielo sobre el cuello del dragón. Drogon levantó la cabeza una última vez, sus ojos dorados encontrándose con los de Daenerys al otro lado del salón.

"¡NO!" El grito desgarrado de Daenerys resonó por toda la sala, un lamento que parecía desgarrar el aire mismo.

La espada de hielo se hundió lentamente en el cuello del dragón. Drogon emitió un gemido final, un sonido que era parte rugido, parte suspiro. Sus ojos se apagaron, y el gran cuerpo que había surcado los cielos se quedó inmóvil para siempre.

Daenerys se derrumbó contra el trono, las lágrimas congelándose en sus mejillas antes de poder caer. Jon y Arya permanecieron en silencio, testigos impotentes de una ejecución que partía el alma.

Nadie habló. Solo quedaba el Rey de la Noche, aún de pie. Invencible. Inhumano.

Capítulo 92: El último calor

El Salón del Trono había dejado de ser un símbolo de poder y gloria. Ahora parecía una catedral en ruinas, profanada por el invierno: las columnas agrietadas cubiertas de escarcha, el techo colapsado en varios tramos por los embates de dragones y gigantes, fragmentos de piedra dispersos como huesos sobre las losas heladas, y nieve que caía lenta y constante desde las grietas superiores.

Y entre todo eso, **yacía el cuerpo de Drogon.**

Inmenso. Inmóvil. La herida en su cuello era una línea oscura y terrible, de donde aún brotaba sangre dorada que se mezclaba con la escarcha, creando charcos que humeaban y se congelaban en patrones extraños. Sus alas estaban plegadas en una posición antinatural, como si hubiera intentado protegerse en sus últimos momentos.

Daenerys apenas podía mantenerse en pie. Su pierna herida temblaba con cada respiración, y su cuerpo entero parecía una extensión del dolor que la desgarraba por dentro. Frente a ella, al otro lado del salón destruido, yacía el cuerpo de Drogon. El Rey de la Noche estaba de pie junto a él, como un cazador orgulloso de su trofeo.

El grito de Daenerys no fue un sonido humano. Fue un lamento primitivo, cortado por la rabia y el desgarró, un eco que retumbó por todo el Salón del Trono. Su voz rompió el silencio como un trueno ahogado:

—¡Mi hijo! —rugió—. ¡Él era mi hijo!

Trató de dar un paso hacia el cuerpo, pero su pierna cedió y casi cae. Jon la sostuvo por el brazo, pero ella lo apartó con una fuerza rabiosa nacida del dolor.

—¡Y lo mató... como si fuera nada! —gritó, sus ojos fijos en la criatura de hielo al fondo—. ¡Como si yo no fuera nada!

Sus lágrimas no se congelaban esta vez. Estaban demasiado calientes. Su rabia ardía por encima del frío.

—Tu espada no funcionó... —dijo con amargura, mirando a Jon—. El vidriagón tampoco... ¡nada sirve!

Jon intentó hablar, pero ella no lo dejó.

—¿No lo ves? ¡Nos va a matar a todos! —jadeó—. Como a él. Como a todos los demás. A menos que...

Su voz se fue apagando, pero sus ojos comenzaron a cambiar. No perdieron el dolor, pero ganaron claridad... y una terrible resolución.

—La profecía... —susurró, temblando—. Azor Ahai. Portadora de Luz. Nissa Nissa...

Jon negó con la cabeza, asustado por el cambio en ella.

—Dany, no...

—¡Es la única forma! —gritó ella, agarrándolo por los hombros—. ¿No lo ves? ¡Él nos lo mostró! ¡Con su sangre! ¡Con su fuego apagado!

Jon respondió con desesperación, intentando apartarla:

—¡Dany, para! ¡Estás en shock!

Pero ella no lo soltaba, sus uñas clavándose en sus hombros:

—¡No estoy en shock! ¡Estoy viendo la verdad! —Su voz se quebró—. ¡Él lo hizo delante de mí! ¡Y yo no pude hacer nada!

Las lágrimas corrían libremente por su rostro ahora, mezclándose con la desesperación:

—Pero puedo hacer algo ahora. Puedo asegurarme de que esto signifique algo. —Su agarre se aflojó ligeramente—. Tu espada... si me atraviesa... será lo que necesitamos.

—¡No! —gritó Jon, tomándola por las muñecas—. ¡No voy a matarte!

—¡Entonces nadie se salvará! —le gritó de vuelta—. ¡Como él! ¡Como todos los que ya perdimos!

Su voz se volvió más suplicante, pero aún desesperada:

—Jon... por favor... es la única forma de que su sacrificio valga. La única forma de que no haya sido en vano.

Jon alzó por fin la mirada, y vio en sus ojos no determinación, sino dolor salvaje y desesperación pura.

—Dany, escúchame...

—¡No! —lo interrumpió, temblando de rabia y dolor—. ¡Tú escúchame! ¡Lo vi caer! ¡Vi cómo ese monstruo lo atravesó como si no importara!

Se llevó las manos al pecho, como si el dolor físico pudiera aliviar el emocional:

—Siento como si me hubieran arrancado el corazón. Como si una parte de mí hubiera sido desgarrada. Pero si eso puede crear Portadora de Luz... si puede darnos la espada que lo destruya...

Su voz se volvió un susurro desesperado:

—Entonces tal vez... tal vez pueda soportarlo.

—Tiene que haber otra forma —murmuró Jon, aunque su voz ya no sonaba tan segura.

—¿Cuál? —le preguntó, con la voz hecha pedazos, como si ya no esperara respuesta—. ¿El fuego valyrio?

Jon la miró, sorprendido de que hubiera pensado en eso.

—Eso nos mataría a nosotros también —murmuró Jon.

—¡Exactamente! —gritó ella con amargura—. ¡Sí, destruiría toda la ciudad, nos mataría a todos, y ni siquiera sabemos si eso sería suficiente para matarlo! ¡Viste cómo resistió el fuego de dragón! ¿Qué nos hace pensar que el fuego valyrio será diferente?

Sus ojos se llenaron de lágrimas de frustración:

—¿No lo ves? He pensado en todo. En cada maldita opción. El fuego valyrio es demasiado arriesgado, demasiado... incierto. Pero la profecía... la profecía nos promete una espada que Sí puede matarlo. Portadora de Luz. La espada que está destinada a destruir la oscuridad.

Miró hacia el cuerpo de Drogon una vez más, y cuando volvió sus ojos hacia Jon, había en ellos una desesperación que lo partía en dos:

—Es esta. Es la profecía. Es mi sacrificio.

—Por favor... no dejes que todo esto haya sido en vano.

Jon tragó saliva con dificultad. Sus manos temblaban; el peso de la espada era nada comparado con el peso de la profecía. El conocimiento de que ella tenía razón era como un veneno corriendo por sus venas.

—Tiene que haber otra forma —susurró desesperadamente—. Tiene que haberla.

—No la hay —respondió ella con un hilo de voz—. Y ambos lo sabemos.

—Hazlo ahora, antes de que...

Pero no terminó la frase. Porque fue entonces cuando lo sintieron.

Capítulo 93: El frío absoluto

El aire cambió. Un escalofrío profundo, distinto, como si algo invisible los mirara desde la oscuridad. Las llamas de las antorchas parpadearon, inclinándose hacia el suelo, débiles, casi suplicando por sobrevivir.

Jon y Daenerys giraron la cabeza al unísono. Allí, al final del salón, emergiendo de las sombras más densas, estaba él. El Rey de la Noche. Erguido, inmóvil, con su armadura de escarcha resquebrajada y sus ojos azules brillando como agujas de hielo. En su mera presencia había algo que robaba el aliento, como si devorara la esperanza misma con solo existir.

Jon sintió un escalofrío recorrerle la columna, y su respiración se convirtió en una serie de jadeos breves y blancos. Daenerys apretó su mano aún más fuerte, pero no dijo nada. No hacía falta.

El Rey de la Noche levantó lentamente las manos, con una gracia macabra, las antorchas gimieron. El brasero finalmente se apagó y soltó una columna de humo negro. El frío se adensó, casi sólido.

Y entonces... el silencio fue absoluto. La tormenta de nieve se intensificó, cayendo más densa y violenta a través de las grietas del techo, como si el mismo invierno respondiera a la presencia de su señor. Y sintieron que la muerte los rodeaba.

El Rey de la Noche no dijo nada. Nunca decía nada. Solo levantó las manos, despacio, como quien convoca fuerzas que nadie más entiende.

El aire cambió al instante. Se volvió denso, sólido, tan frío que dolía respirarlo. Las sombras del salón se estiraron y deformaron, como si intentaran huir.

Jon mantenía la mirada fija en él. En esos ojos azules que dolían de mirar. Sus dedos se clavaron en la empuñadura de la espada, y su aliento blanco se deshacía frente a él. No pestañeaba. No parpadeaba. Solo un lobo frente a su depredador.

Todas las antorchas se encogieron, temblaron y se apagaron una a una, con un susurro triste, dejando hebras de humo que se perdían en la escarcha.

El brasero ya era inútil. El círculo de calor que los protegía se encogía a cada segundo.

Las paredes crujían, un gemido profundo y hueco que llenaba el salón. Las lágrimas en sus pestañas se congelaban antes de caer.

Jon no se movía. Toda su atención seguía atrapada por esa figura inmóvil, el terror y la furia anudados en su garganta.

Pero entonces, a su lado, Daenerys bajó la mirada. Y algo en su expresión cambió.

Su respiración se cortó un segundo. Los ojos se abrieron apenas más, sorprendidos y helados. El charco oscuro bajo sus pies ya no era agua. Una red de grietas lo atravesaba, resplandeciendo con destellos pálidos, como si la superficie estuviera a punto de romperse y tragarnos. El hielo trepaba por sus botas, anclándola, extendiéndose como garras de cristal.

Levantó la vista hacia él, los labios temblando.

—Jon... —susurró, un hilo de voz quebrado, y su aliento se deshizo en la helada.

Solo entonces Jon bajó la mirada. Y lo vio.

El charco ya no era un espejo oscuro, sino un campo de grietas que latían con un fulgor blanco. Las fracturas se extendían rápidamente, zumbando, como si un corazón monstruoso latiera bajo sus pies, listo para romper su prisión.

Instintivamente intentó moverse. Quiso apartar los pies, dar un paso atrás. Pero cuando lo hizo, sintió el hielo sujetándolo, firme y cruel, como grilletes invisibles que ya lo habían reclamado.

Y fue demasiado tarde, en lo profundo, bajo sus pies, algo se despertó.

Capítulo 94: El ataque

Primero fue un suspiro seco, casi imperceptible...

Un instante después, estalló: un estruendo que sacudió el salón entero. Un coro de chasquidos y crujidos, como si el suelo se desgarrara desde las entrañas del mundo.

Las grietas bajo sus pies resplandecieron, extendiéndose como relámpagos atrapados en la piedra. Y estallaron.

Del suelo brotaron picos. Primero uno, enorme, afilado como una lanza de cristal. Después otro. Y pronto una docena, en todas direcciones, rápidos y brutales, con un rugido de escarcha que arrancaba losas y polvo del techo.

El charco se convirtió en un bosque de cuchillas heladas, creciendo a una velocidad imposible.

Jon reaccionó por instinto. Saltó a un lado mientras un pico emergía justo donde había estado un segundo antes. Otro lo rozó en el costado, y el dolor fue inmediato: un tajo profundo que le quemó la piel con frío y sangre. Cayó al suelo, rodó sobre las losas, jadeando y dejando un rastro oscuro tras de sí.

Se apoyó en las manos, alzó la vista y buscó a Daenerys. Y la vio.

Ella no fue tan rápida. Un pico brotó bajo su pierna y la atravesó con un crujido seco y brutal. Otro le perforó el abdomen. Un tercero le abrió el pecho. Su cuerpo se arqueó, sus manos se cerraron en el aire, como si quisiera aferrarse a algo invisible, y un grito breve y desgarrado se perdió en la ráfaga helada.

Los picos siguieron creciendo, levantándola del suelo, suspendiéndola en el aire como una figura rota en un altar de hielo. Su cabello colgaba desordenado, sus ojos aún abiertos y brillando.

Y entonces lo supo. No fue casualidad. No fue azar. El Rey de la Noche lo había evitado. Porque entendía la profecía. Y se le había adelantado.

Jon, herido, comenzó a arrastrarse hacia ella. Sus manos arañaban las losas mientras dejaba un rastro de sangre, el cuerpo entero temblándole, las lágrimas congelándose en sus pestañas. No sentía nada más. Solo esa necesidad animal de alcanzarla.

—¡Dany! —gritó, o creyó gritar; su voz sonó como un rugido apagado, tragado por el viento.

Pero cuando estaba a punto de incorporarse, sintió unas manos pequeñas y firmes aferrarlo por el hombro y tirarlo hacia atrás. Arya.

Él la miró, confundido, furioso, mientras ella lo empujaba contra el suelo.

—¡No! —gruñó, intentando zafarse—. ¡Suéltame!

—No puedes llegar hasta ella —escupió Arya, sus ojos oscuros ardiendo—. ¡Mira!

Jon miró más allá. El suelo que rodeaba a Daenerys era un infierno de picos, creciendo todavía, retorciéndose como garras, imposibles de cruzar. No había nada que pudiera hacer.

Pero él seguía forcejeando. Intentó avanzar de nuevo, arrastrándose, y Arya lo sujetó con más fuerza, clavando las rodillas en el suelo para impedir que se levantara.

—¡Déjame ir! —gruñó Jon, su voz quebrada—. ¡Dany...!

Ella giró su rostro hacia él. Incluso atravesada por los picos, incluso suspendida en el aire, lo miraba. Esa mirada, por un momento, seguía siendo suya. Triste. Resignada. Como diciendo adiós.

Y luego, lentamente, su mirada se apagó.

Jon se detuvo. Su respiración se volvió errática. Sus hombros temblaron, y sintió que algo dentro de él se partía. Ya no podía hacer nada. Nada más.

Arya lo sacudió con fuerza, su voz un susurro furioso en su oído:

—¡Mírala, Jon! ¡Ya no puedes salvarla! ¡Pero sí puedes salvar a todos los demás!

Él no contestó, sus ojos aún anclados en los de Daenerys. Pero entonces Arya tiró de él con todas sus fuerzas, obligándolo a volver la cabeza.

—El sótano —dijo ella, entre jadeos—. Westeros aún depende de nosotros.

Justo debajo del salón, en el sótano, había una gran cantidad de fuego valyrio. Si lo detonaban, acabaría con el Rey de la Noche, pero también con ellos. Era su última esperanza, y su último sacrificio.

Jon la miró, y en sus ojos encontró la misma comprensión terrible que sentía en su pecho. Ya no tenían razones para quedarse. Ya no había nada que defender en este salón maldito. La profecía había fallado, Daenerys estaba muerta, y el Rey de la Noche seguía invencible. Pero aún les quedaba una última carta que jugar: el fuego valyrio. Explotar todo. Matar al monstruo con ellos dentro si era necesario. Hacer que valiera la pena. Era lo único que podían hacer. Lo último.

Jon cerró los ojos, apretó los dientes y, con un gruñido ahogado, finalmente cedió. Se puso en pie lentamente, apoyándose en el brazo de Arya y en su propia voluntad, y juntos comenzaron a retroceder hacia la oscuridad del pasillo.

Atrás quedaba el salón, el brasero muerto, el agua congelada, los picos afilados. Y ella. Suspendida en el aire, hermosa y rota, con su despedida grabada en el silencio.

Capítulo 95: La despedida

Los escalones de piedra parecían no tener fin. Jon bajaba apoyado en la pared helada, su costado herido sangrando y entumecido, cada paso un suplicio. A su lado, Arya lo sujetaba con fuerza por el brazo, evitando que cayera.

Su respiración era rápida, blanca, pero su mirada seguía fija al frente, decidida.

El sótano era oscuro y frío, con el techo bajo y pesado sobre ellos. Las sombras de los huesos de dragones cubrían las paredes, largas y retorcidas como garras que nunca escaparon del fuego.

Hasta donde alcanzaba la vista, cientos de barriles de fuego valyrio se extendían por el vasto sótano, brillando débilmente con un verde ominoso, aguardando su momento. Tal vez miles, si se contaban los que aún yacían en cámaras olvidadas por toda King's Landing. Suficiente para reducir la ciudad entera a cenizas.

Jon se detuvo, jadeando, y miró alrededor. El frío ya se filtraba por las grietas del techo. Su aliento salía en nubes breves y dolientes. Sabía que quedaba muy poco tiempo.

Ya no había profecía. No había Portadora de Luz. El Rey de la Noche había arrancado esa posibilidad. Jon ya no creía en destinos, ni en héroes. Solo en esto: una última oportunidad de hacer algo que importara.

—Arya... —murmuró, con voz ronca—. Revisa la salida.

Ella lo miró, frunciendo el ceño, desconfiada. Dudó. Pero obedeció. Caminó hasta la gran puerta de hierro al fondo del sótano, las bisagras cubiertas de escarcha. Probó la rendija con la daga, y la cerradura cedió. El hielo se quebró bajo su hoja.

—Todavía se abre —informó, sin girarse.

En ese mismo instante, Jon, con un esfuerzo brutal, la empujó con el hombro. Arya perdió el equilibrio y cruzó el umbral. Apenas sus pies tocaron el otro lado, él tiró de la pesada hoja de hierro y la cerró con un estrépito metálico.

Ella reaccionó de inmediato, golpeando la puerta con ambas manos.

—¡No! —gritó, la voz cargada de furia, de terror—. ¡Jon!

Jon apoyó la frente en la rejilla del portón, sus dedos crispados en los barrotes.

—Tienes que irte —dijo, su respiración empañando el metal.

—¡No sin ti! —replicó Arya, con la voz rota—. ¡No me dejes aquí!

Jon cerró los ojos. Sentía la herida arder, sentía cómo el frío lo reclamaba. Pero nada dolía más que verla ahí. Tan cerca. Tan imposible.

—Arya... —susurró, apenas un aliento—. Tú aún puedes salvarte.

Ella negó con fuerza, los nudillos blancos sobre el hierro.

—¡No! No sin ti.

Jon alzó la vista hacia ella, y sus ojos ardían de todo lo que no sabía cómo decir.

—Escúchame —dijo, firme—. Tú todavía tienes un futuro. Un largo camino. Pero solo si sales ahora.

—¿Y tú... qué? —preguntó Arya, rota.

Jon esbozó una débil sonrisa.

—¿Recuerdas cuando te di a Aguja? —murmuró—. Lo hice para que aprendieras a pelear. Para que resistieras.

Hizo una pausa.

—Ahora te doy algo más.

—Te doy mi vida.

Bajó la voz, y sus palabras cayeron como espadas:

—No me hagas pedirlo otra vez.

—Vete.

—Corre.

—Vive.

—Por los dos.

Arya lo miró, con los labios temblando, los ojos húmedos. Y en esa última mirada lo odió. Lo odió por empujarla, por encerrarla, por decidir solo. Pero también lo amó. Como solo se

ama a quien está a punto de morir por ti. Y lo supo. Lo supo sin que él lo dijera: que no volverían a verse, que él ya era una sombra caminando hacia el fin. Y Jon... Jon la miró como si esa fuera la última imagen que quería llevarse al otro mundo. Como si en ella encontrara todo lo que había valido la pena vivir. Ni uno pestañeó. Ni uno parpadeó. Ambos sabían lo que venía.

Y entonces lo oyeron.

Un crujido. No de escarcha, sino de pasos. Garras arrastrándose. Respiraciones que no eran humanas.

Las criaturas se acercaban.

Jon dio un paso atrás, hacia la oscuridad.

—Corre... —fue lo último que dijo.

Ella apoyó la frente en la rejilla, apretando los dientes mientras las lágrimas le resbalaban por el rostro. Sus manos se aferraron al hierro... y luego lo soltaron.

Y corrió.

Se lanzó al túnel sin mirar atrás, los pies golpeando la piedra, la respiración entrecortada, las lágrimas congelándose en sus mejillas. Corrió con rabia. Con dolor. Con culpa. Y con el eco de su hermano, su sombra, su sacrificio... persiguiéndola para siempre.

Capítulo 96: El último sacrificio

El sótano temblaba con un frío antinatural. Las grietas del techo seguían extendiéndose, y en la escalera ya se oía el tropel de garras y huesos: los espectros descendían como una marea oscura.

Jon inspiró hondo, con la espada firme en sus manos, y dio un paso al frente. Detrás de él, los barriles de fuego valyrio estaban alineados contra las paredes, silenciosos, mortales. No podía dejar que los alcanzaran.

Los primeros espectros llegaron con un chillido apagado. Saltaron sobre él como lobos famélicos. Jon los enfrentó sin dudar, pese al dolor, pese al agotamiento. Sus movimientos eran más lentos que antes, sus esquivas menos precisas. Pero aún resistía. Cada tajo convertía a uno en polvo, cada estocada era una barrera entre los muertos y el fuego.

Las criaturas eran implacables, y él ya no podía esquivar todos sus ataques. Unas garras le rasgaron el muslo, otras le arañaron el costado. Pero Jon no se detuvo. Golpeaba con precisión, retrocedía cuando era necesario, y volvía a avanzar, manteniéndose entre los barriles y la horda.

Fue entonces cuando ocurrió.

Uno de los espectros, al caer por un tajo mal dado, golpeó con su cuerpo una de las bases de madera que sostenía varios barriles. El crujido fue seco. La estructura cedió.

Jon se giró, desesperado, justo a tiempo para verlos desplomarse.

Los barriles cayeron al suelo con un estruendo sordo. La madera se astilló. Tapas reventaron. El contenido se esparció como un río viscoso por el suelo de piedra. En segundos, el sótano quedó inundado por un mar verde que brillaba bajo las antorchas. El fuego valyrio estaba por todas partes.

Jon contuvo la respiración. Esperó la explosión. Esperó sentir su cuerpo arder. Pero no ocurrió.

Solo el silencio... y el brillo letal del líquido derramado.

Los espectros avanzaban, ahora con los pies chapoteando sobre ese mar aceitoso. Jon los enfrentó con el corazón acelerado, sabiendo que cualquier chispa, cualquier roce con el fuego, sería el fin.

Golpeaba con fuerza renovada, no por sí mismo, sino por Arya. Por los que esperaban afuera. Por lo que aún quedaba por cumplir.

Su respiración era un rugido contenido, sus brazos ardían, su costado palpitaba, pero no soltó la espada ni un instante. Dándolo todo, luchando con cada fibra de su ser, hasta que el último espectro se desmoronó a sus pies.

Entonces llegó el silencio. El sótano estaba lleno de aquel resplandor ominoso, el aire pesado y expectante. Las sombras temblaban sobre las paredes manchadas de verde.

Jon se quedó quieto, jadeando, la espada en una mano, su sangre goteando sobre las losas. Lentamente, con un gesto deliberado, caminó hacia la pared y arrancó una antorcha encendida de su soporte. El calor leve de la llama le devolvió un poco de fuerza.

Con la espada en la derecha y la antorcha en la izquierda, bajó la vista al suelo. El charco verde ondulaba alrededor de él, reflejando las sombras como fantasmas. Esperó. Oyó cómo el viento se colaba por las grietas, cómo el hielo crujía sobre su cabeza.

Dando tiempo. Para que Arya corriera. Para que ella viviera.

Fue entonces cuando lo sintió. No un sonido. No un movimiento. Sino una sensación. Un escalofrío tan profundo que le heló la nuca y le atravesó el pecho, como si la propia muerte acabara de entrar en la sala.

Su respiración se detuvo. Sus dedos se cerraron más fuerte en la espada y la antorcha. Levantó la mirada. Allí estaba. Daenerys.

Descendía por los escalones lentamente, sus pies apenas rozando las losas, envuelta en una penumbra cruel. Su piel cuarteada de hielo, sus heridas abiertas, sus cabellos rígidos, sus ojos vacíos y azules. No quedaba calor en ella.

Ella avanzaba con movimientos rígidos, con las manos abiertas como garras, el aire a su alrededor helando incluso el fuego valyrio a sus pies.

Era un cascarón sin alma, inútil para cualquier profecía. No había nada que sacrificar donde ya no quedaba esencia.

Jon la miró, inmóvil. Su respiración se detuvo. Sintió las lágrimas congelarse en sus mejillas. Él nunca había pensado en herirla. Ni siquiera ahora. Ni siquiera así. Nunca lo haría.

Su espada pesaba de pronto como una montaña en su mano. No la necesitaba más, no tenía propósito. Portadora de Luz jamás existiría. La profecía se había quebrado como el hielo. Solo quedaban ellos. Sus dedos temblaron y la soltó. La hoja se hundió en el mar verde a sus pies, desapareciendo con un suave susurro que sonó a despedida.

Con los brazos abiertos, la recibió. Ella lo embistió con la violencia de los muertos, sus garras rasgándole la espalda, el abrigo, la carne, arrancándole mechones de cabello. Pero él no la apartó. Nunca.

La abrazó con toda la fuerza que le quedaba, como si así pudiera arrancarla de ese frío. Como si su calor pudiera alcanzarla una última vez. Apoyó la frente contra la de ella.

Ella se sacudió en su abrazo, retorciéndose, arañándole la carne, fría como la tumba. Jon inspiró hondo, sus dedos temblaron, y soltó la antorcha que sujetaba.

—Siempre... mi reina.

Capítulo 97: La carrera

El frío la mordía mientras corría. Sus pies golpeaban las losas, su aliento blanco rasgaba el aire, pero no se detenía. Nunca lo hacía.

Arya avanzaba por los pasillos como una sombra, ágil y desesperada, esquivando columnas caídas, saltando sobre escombros, agachándose por debajo de vigas astilladas. Las grietas de hielo trepaban por las paredes y el techo a su alrededor, pero ella no miraba atrás.

Sus piernas eran pura furia, su corazón, un tambor de guerra. El sonido del hielo siguiéndola era ensordecedor: crujidos, estallidos y un viento helado que parecía querer arrancarle la piel. Pero ella seguía. Siempre avanzando.

De pronto, el suelo bajo sus pies tembló. Primero como un susurro. Después, como si el mundo entero se partiera en dos. Los muros gimieron, polvo y escarcha llovieron desde el techo. Arya resbaló un instante, pero apoyó la mano en la pared y siguió corriendo, más rápido todavía.

Y entonces la vio. La cueva. Un arco de roca negra al final del pasillo, su boca abierta como la de un dragón dormido, con el sonido del mar golpeando las piedras más allá. La misma cueva por la que había escapado de niña, cuando todo era diferente. Ahora, esa cueva era su única salvación.

La brisa salada le rozó la mejilla, fría y húmeda, como una promesa que casi podía tocar. El rugido del mar se mezclaba con los latidos de su corazón. Arya apretó la daga en su mano y se inclinó hacia adelante, vaciando en cada zancada todo lo que le quedaba.

Las sombras parecían apartarse, el azul del hielo quedaba atrás, y la luz gris del mar la esperaba al final.

Pero entonces lo sintió. Una luz —no azul, ni blanca— sino un verde voraz, encendiéndose a su espalda. El rugido del fuego valyrio estalló detrás de ella como un trueno, profundo y cruel, llenando el pasillo con un resplandor monstruoso.

El calor la alcanzó, primero como una ráfaga que arrancó el aire de sus pulmones, después como un muro que la levantó del suelo. El dolor llegó de inmediato, en latigazos. La espalda se le cubrió de ampollas, la ropa se chamuscó y se deshizo en jirones, su cabello se quemó en mechones que olían a humo y sal.

Sintió la piel de su hombro cuartearse bajo el fuego, la manga de su abrigo pegarse a su carne antes de deshacerse. Su grito estalló, áspero y breve, perdido entre el rugido de las llamas y del mar.

La daga cayó, resonando una vez contra la piedra antes de perderse en la penumbra. Sintió cómo su cuerpo volaba hacia la boca de la cueva, más allá, hacia el mar. Entre el rugido del fuego y el choque de las olas, la oscuridad la envolvió, y ya no hubo nada más.

Solo el sabor de sal en los labios.

Capítulo 98: El precio de la victoria

El barco se mecía lentamente sobre las aguas heladas del Blackwater, con las velas caídas y el mástil cubierto de escarcha.

En la cubierta, nadie hablaba. Solo el sonido del mar, de la madera que crujía y del aire frío.

Los sobrevivientes permanecían juntos, inmóviles, con la mirada fija en King's Landing. Todos esperaban. Esperaban ver a Jon y Daenerys surcando el cielo sobre un dragón, emergiendo de las sombras para traer la victoria. Esperaban... que aún quedara esperanza.

La ciudad aún estaba en pie, aunque cubierta por un manto gris y tétrico, con las murallas quebradas por el hielo y las calles plagadas de cadáveres. Los Caminantes Blancos se movían en las torres como sombras inquietas, implacables. La Fortaleza Roja, negra y altiva, dominaba el horizonte como un verdugo al acecho.

Sansa sostenía al bebé de Jon y Daenerys contra su pecho, sus manos temblorosas, sus labios murmurando palabras que ni ella misma escuchaba. A pesar de su postura erguida, no apartaba los ojos de la ciudad, como si buscara una señal que nunca llegaría.

Samwell permanecía a su lado, con la mirada perdida en el horizonte. Tyrion, en la proa, apoyaba los puños en la baranda, su mandíbula apretada, los nudillos blancos.

Davos Seaworth permanecía junto a ellos, mirando King's Landing con el ceño fruncido y los labios apretados, sus manos agrietadas por el mar aferradas al borde de la cubierta.

El bebé gimió suavemente, como si percibiera la tensión en el aire. Sansa lo acunó con más fuerza, bajando la cabeza por un momento, su cabello rojizo cayendo como un velo sobre la pequeña criatura.

Entonces ocurrió.

Primero, una vibración sorda, casi imperceptible. El tipo de sonido que se siente antes de oírse. Una presión que golpeó los oídos de todos a bordo como un puño invisible.

Y luego, **el destello**.

Un fogonazo verde estalló desde las entrañas de King's Landing. No fue repentino, sino acumulativo. Como si algo se inflara bajo la ciudad, presionando el suelo, forzando su camino hacia la superficie.

Un segundo después, el mundo **estalló**.

Desde el centro de la ciudad, una **detonación brutal** atravesó el aire. El suelo se levantó en una onda de tierra, piedras y fuego. Los cimientos del centro urbano fueron arrancados de cuajo por la fuerza de la explosión.

El estruendo llegó como una ola compacta de metal chocando contra roca. El fuego valyrio se propagó en todas direcciones, reventando casas, templos, murallas interiores. No era magia difusa ni llamas místicas flotando en el aire. Era una tormenta de explosiones químicas, ardientes, voraces.

Las calles se llenaron de fuego en segundos, avanzando por los canales como si fueran venas que se inflaman. Edificios de madera saltaban por los aires. Las estructuras de piedra resistían apenas unos segundos más, antes de derrumbarse por la presión acumulada.

Los tejados de la ciudad salieron volando como tapas de calderas. Balcones, estatuas, campanarios: todo lo que se alzaba en vertical fue derribado por la presión de la onda expansiva. Ventanas estallaban hacia afuera, lanzando cristales como dagas.

La **Fortaleza Roja**, aunque construida con la piedra más dura de Westeros, **no resistió**. Sus niveles superiores colapsaron uno tras otro, como si fueran fichas de dominó malditas. Una de las torres principales explotó desde dentro, lanzando escombros en llamas por encima de los muros.

La muralla exterior se fracturó. Se quebró como una columna vertebral demasiado vieja. Grandes bloques cayeron hacia dentro y fuera de la ciudad, levantando nubes de polvo y escombros que cubrían el cielo.

Las puertas de la ciudad se deformaron con el calor, se doblaron como hierro rojo al fuego. Las calles cercanas al epicentro desaparecieron en cráteres de fuego valyrio, y todo lo que no fue quemado, fue enterrado.

El **impacto** llegó al barco con una violencia inesperada. Una ola de calor y presión los empujó hacia atrás. El agua se alzó con fuerza, desplazada por la onda expansiva, y golpeó los flancos del navío como una criatura desesperada. El mástil crujió. Las velas temblaron.

El aire ardía en los pulmones. Algunos cayeron de rodillas. Otros se aferraron a lo que pudieron.

En el cielo, una columna de humo verde y negro subía en espiral, expandiéndose como un hongo lento y amenazante. Bajo ella, la ciudad **ardía**.

Las llamas devoraban techos, avanzaban por los callejones como bestias hambrientas. No eran llamaradas caóticas, sino ríos definidos de fuego, siguiendo los canales, los túneles, los pasadizos secretos, propagándose con precisión letal.

El fuego valyrio no dejaba nada a medias. Quemaba huesos, metales, maderas. Las estructuras se colapsaban sobre sí mismas, atrapando el sonido de los últimos gritos humanos dentro de ruinas humeantes.

Las nubes negras, espesas, comenzaron a cubrir el cielo por completo, y del interior de la ciudad surgían **detonaciones secundarias**: depósitos ocultos, sótanos sellados, barriles antiguos de fuego que estallaban uno tras otro como una sinfonía de muerte.

A cada nueva explosión, el suelo temblaba bajo el barco, y el agua se agitaba como si el mar mismo estuviera tratando de alejarse.

Los Caminantes Blancos que aún quedaban dentro de la ciudad fueron alcanzados por las llamas y el colapso. No desaparecieron en polvo mágico. **Fueron aplastados**, calcinados, enterrados. La muerte que vino por ellos no fue poética. Fue definitiva. Brutal.

Desde la distancia, la ciudad parecía **hundirse lentamente en su propio fuego**, como una estatua cayendo hacia un abismo. El perfil de King's Landing se desfiguraba segundo a segundo. Las torres, los puentes, los techos... todo se volvía humo.

Y el rugido no cesaba. Era constante. Como una respiración monstruosa que seguía alimentando el infierno.

En el agua, cenizas flotaban como nieve tóxica. Las brasas caían como meteoros suaves sobre la cubierta del barco. Los personajes no hablaban. No podían.

Lo sabían. Lo sentían.

Ese fuego no era una victoria. **Era una tumba**.

Y todo el mundo lo sabría: el precio de la esperanza fue todo lo demás.

Capítulo 99: El Final

El barco flotaba en el silencio. Las velas aún colgaban, inmóviles, como banderas rendidas. Las aguas del Blackwater estaban inquietas, salpicadas de brasas verdes y cenizas que caían lentamente, como copos de un invierno que ya no sabía si era suyo.

King's Landing ardía todavía a lo lejos, pero las llamas habían empezado a menguar. La tormenta de nieve, que durante mucho tiempo había azotado las costas y cubierto la ciudad, se debilitaba, como si el sacrificio en la Fortaleza Roja hubiera roto algo en el corazón del invierno.

La nieve, antes feroz y densa, caía ahora en suaves copos dispersos. Las ráfagas de viento helado se fueron calmando hasta ser apenas un murmullo sobre las olas. Y poco a poco, las nubes comenzaron a abrirse, dejando asomar jirones de cielo pálido entre el gris. En algún lugar, más allá del humo y las nubes rotas, la luz de la mañana trataba de colarse, débil pero persistente.

En la cubierta, nadie habló. Todos miraban al horizonte. Cansados. Rotos. Pero incapaces de apartar la vista de lo que quedaba.

Tyrion seguía en la proa, las manos colgando a los costados, los ojos enrojecidos. Sansa se sentaba junto a Samwell, acurrucando al bebé contra su pecho, envolviéndolo bien mientras él lloriqueaba suavemente, ajeno a la magnitud de lo que acababa de perder.

Samwell permanecía a su lado, con la cabeza baja, el rostro bañado por lágrimas secas. Davos miraba al mar, como si buscara en sus aguas alguna respuesta que no venía.

Las cenizas caían sobre ellos como una segunda nieve. Pero ya no era fría. Solo gris.

En el horizonte, las últimas nubes oscuras se deshilachaban, dejando que un rayo de luz débil cayera sobre las ruinas de la ciudad. Por primera vez en días, el sol se insinuaba. Tímido, pálido. Pero allí estaba.

El bebé se removió en los brazos de Sansa y emitió un pequeño sonido, casi un suspiro. Sansa lo besó suavemente en la frente y le susurró algo que nadie escuchó. Samwell pasó un brazo sobre ella y sobre el niño, cerrando los ojos.

El mar ahora quieto. Las aguas negras reflejaban el fuego menguante de la ciudad y, ahora, también una franja clara de cielo.

La tormenta se desvanecía. Las últimas cenizas se mezclaban con los últimos copos de nieve, cayendo lentamente hasta desaparecer en las olas.

Y así, en silencio, los supervivientes se quedaron allí, mirando cómo la noche se rendía y el invierno se disipaba. Sin Jon. Sin Daenerys. Y sin Arya. Pero con la certeza de que, de algún modo, la vida continuaría.

El barco se meció una vez más sobre las aguas heladas, llevando consigo las cenizas de una ciudad y la promesa frágil de un nuevo amanecer.

Tyrion levantó la vista por última vez hacia el horizonte y murmuró para sí:

—No los olvidaremos —dijo, con voz ronca y apagada—. Nunca.

El viento frío barrió la cubierta, llevando las últimas cenizas al mar, mientras un hilo de luz se expandía lentamente entre las nubes.

La bruma se alzó como un suspiro del mundo que despertaba tras el dolor. Por un instante, el mar, el cielo y la ciudad rota parecieron detenerse, unidos en un silencio antiguo, casi sagrado.

Allí, donde reinos cayeron y los dioses guardaron silencio, el amanecer finalmente encontró su camino.

No con gloria. No con triunfo.

Sino con la frágil, pero invencible, promesa de empezar de nuevo.

Capítulo 100: Gracias querido lector

Si has llegado hasta aquí, a estas últimas palabras, quiero agradecerte de corazón por haberte tomado el tiempo de leer esta historia.

Es solo un humilde fanfic, nacido de mi amor por este mundo, por sus personajes y por las emociones que nos regalaron.

He intentado, con todo el respeto y el cariño que merecen, darles a Jon, a Daenerys, a Arya y a todos los demás una despedida distinta. Distinta a la que vimos, distinta a la que nos dieron.

Una despedida dura, trágica, pero también llena de sacrificio y de amor.

Sé que este final no pretende ser “el verdadero”, ni mejor que ningún otro; de hecho, tal vez para muchos sea **el peor final posible**, una herejía, un desastre... y está bien. Porque no busca ser perfecto: solo es mi manera de cerrar su historia, de rendirles un último homenaje.

Espero que, de alguna manera, estas páginas te hayan hecho sentir algo: tristeza, esperanza, dolor, alivio, o simplemente la certeza de que incluso el peor final no puede apagar lo que nos hicieron sentir estos personajes.

Porque mientras sintamos, estas historias nunca terminan del todo.

Gracias por leer.

Que el fuego nunca se apague en ti.

Hasta siempre...

O tal vez...

O tal vez aún no!

Oh, dulce niño del verano...

Lee la última parte aquí

[Capítulo secreto](#)